

Una mirada de libertad

Te vi, volteaste tu cabeza al sentir mi mirada, me observaste fijamente con ese miedo lleno de angustia, como si no me reconocieses; me acerqué para asegurarme que fueses tú, lo hice despacio, sin ruido, volviste tu cabeza hacia el exterior y te olvidaste de mí, al parecer ya no te importaba como si mi acto de fe hubiese quedado en el pasado, en tu memoria vieja y ruinosa. No le presté atención al asunto y seguí caminando lentamente para volver a sentirte entre mis manos, percibir tu agonía por estar atrapada, tu olor de tu esencia animal y mirar esos ojos diáfanos como el agua tranquila que solías beber en mi presencia. Sentiste mis pasos, viste mis ojos llenos de ese deseo inapagable e impaciente, y huiste aterrada por la ventana, como aquella primera vez.

Pensé demasiado en cómo hacerte volver para estar cerca de ti otra vez. Te puse una trampa y caíste, me sentí indignamente como si fuese un cazador tras su presa, pero pronto olvidé el sentimiento porque mi deseo regresó. Volvió a suceder tu aparición igual que hace unas horas: yo sentado y leyendo; tú asomándote en la ventana con el rostro inquieto. Me paré y caminé de nuevo mientras tú comías, saciando el hambre que no habías apaciguado todo el día, ahora, tus días me eran extraños y desconocidos, pero reconocía lo suficiente para saber lo que siempre te agradó. Seguí caminando, el ruido de mis pasos no te importó ni el saber que me acercaba a ti. Tan rápidamente sucedió que ya te tenía en mis manos, sintiendo tu cuerpo trémulo y asustado, te voltee hacia mi rostro, tus ojos se posaron en los míos, vi el mismo anhelo que cuando te tuve por primera vez, querías irte, no estar atrapada en mis manos, en la cárcel que te había impuesto y por el momento te desconocí, pensé que no eras tú, que era

alguien más disfrazada de ti y quizá así lo era, tu rostro me evadía, más miedo vivía en ti que el tenías antes y cohabita en tu corazón una rabia hacia mí como si yo fuera el mismo demonio. Pudiste mirarme de nuevo y al hacerlo moviste tu cuerpo fuertemente, intentaste huir, pero te calmaste y te diste por vencida. En ese instante que te sostuve recordé cuando te conocí: Te vi tirada bajo la rama de un árbol, indefensa y herida, te tomé y te llevé cargada hacia mi casa, ahí te curé y te encerré para que no huyeras, te mantuve ahí por mucho tiempo, hasta que te recuperaras y pudieras hacer lo que sabes hacer.

Pasó el tiempo y me olvidé por completo de cómo te había encontrado, te dejé ahí en una jaula, mi propósito se convirtió en mi obsesión: quería escucharte cantar todas las mañanas, aunque nunca lo hiciste, te animé pero te rehusaste, así que recordé que tú sabías que era estar libre; naciste y creciste así, no encerrada, lo que hacía que desearas recuperarla. Pero tenías ese deseo y lo pensé mejor, ¿de qué me servía tenerte ahí?, ¿por qué lo hacía?, no tuve respuestas a esas preguntas y nunca las encontré. Así que inesperadamente, un día tomé la decisión, como ahora lo hago, te tomé en mis manos, me acerqué a la ventana, te puse en el borde de ella y te dejé libre otra vez. Volteaste tu rostro hacia mí por unos segundos, quizá por última vez, dudaste que estuvieses en esa condición, batiste tus alas y emprendiste tu vuelo, mientras yo dibujaba una sonrisa.

Javier Restrepo